Una carta abierta a la comunidad católica y a todas las personas de buena voluntad en el centro del estado de Pensilvania

Obispo Timoteo Senior
Duodécimo Obispo de Harrisburg

13 febrero 2025

La inmigración es un tema que evoca emociones muy fuertes en muchas personas. No escribo como un experto en inmigración o desde una perspectiva política, sino más bien como un compatriota y pastor de la Diócesis Católica Romana de Harrisburg, que se compone de quince condados aquí en el centro del estado. Me conmueve dirigirme a este tema, especialmente en este momento, porque muchos de los que están confiados a mi cuidado pastoral en nuestra Diócesis están asustados por los acontecimientos que se están desarrollando en nuestro país debido a su estatus migratorio. En medio de toda la controversia, quiero compartir con ustedes lo que la Iglesia Católica realmente enseña sobre el tema, lo que no siempre se informa con precisión en los medios de noticia. Mi esperanza es que consideremos cuidadosamente qué podemos hacer para equilibrar lo que es mejor para el bien común de todos los ciudadanos y al mismo tiempo mostrar respeto y dignidad a los inmigrantes, que también son nuestros vecinos.

Siempre que visito la ciudad de Nueva York, aprecio la oportunidad de ver la Estatua de la Libertad, ya que sigue siendo una experiencia que me conmueve. Reflexiono sobre cuántas familia antepasados, incluyendo la familia mía, pasaron por allí en su propio viaje hacia una nueva tierra de oportunidades y libertad. Esa Estatua simboliza generaciones de inmigrantes bienvenidos a nuestra gran Nación, y ha sido principalmente positiva tanto para nosotros como para ellos. El centro de Pensilvania es el hogar de muchos inmigrantes que han hecho una buena transición hacia los equipos laboral, nuestras escuelas, vecindarios y lugares de culto. Como afirmó el Papa Francisco: "…El encuentro con el otro es también un encuentro con Cristo. Nos lo dijo Él mismo. Es Él quien llama a nuestra puerta hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo y encarcelado, pidiendo que lo encontremos y ayudemos." (*Homilía, Misa con los participantes en el Encuentro "Libres del Miedo", Sacrofano, 15 de febrero de 2019*). El juicio final en Mateo 25 no deja dudas: "Fui forastero y me dieron alojamiento…" (v. 35); y nuevamente: "En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí." (v. 40). Recientemente, el Papa Francisco envió una Carta a los Obispos de Estados Unidos sobre cuestiones migratorias en la que señala: "…el acto de deportar personas que en muchos casos han dejado su propia tierra por motivos de pobreza extrema, de inseguridad, de explotación, de persecución o por el grave deterioro del medio ambiente, lastima la dignidad de muchos hombres y mujeres, de familias enteras, y los coloca en un estado de especial vulnerabilidad e indefensión." ("Carta" n.4). "Esta cuestión no es menor: un auténtico estado de derecho se verifica precisamente en el trato digno que merecen todas las personas, en especial, los más pobres y marginados. El verdadero bien común se promueve cuando la sociedad y el gobierno, con creatividad y respeto estricto al derecho de todos —como he afirmado en numerosas ocasiones—, acogen, protegen, promueven e integran a los más frágiles, desprotegidos y vulnerables. Esto no obsta para promover la maduración de una política que regule la migración ordenada y legal … (Ibíd. n.5)"

En los últimos años, nuestro sistema de inmigración se ha derrumbado y nuestra frontera sur es actualmente un punto crítico. Hay mucha gente que piensa que la Iglesia apoya las fronteras abiertas.

Ésta no es nuestra posición oficial (Rev. Thomas Betz OFC, *La Doctrina Social Católica Sobre la Inmigración y el Movimiento de los Pueblos*). Muchos migrantes buscan ingresar a nuestro país para escapar de la pobreza contundente donde vivían, la opresión gubernamental y la persecución religiosa. La mayoría son buenas personas que buscan una vida mejor para mantener a sus familias y un lugar donde criar a sus hijos en un entorno donde puedan prosperar. Lamentablemente, el miedo y la inseguridad son ahora parte de la vida de muchas de estas personas. Pastores, directores de escuelas y quienes trabajan con inmigrantes me han compartido cómo esto es cierto aquí en nuestra propia comunidad con las personas a quienes ministran. Recientemente publiqué "Liberando a los Cautivos: Una Carta Pastoral Sobre la Trata de Personas". En ese documento, mencione de los desafíos que enfrentan los migrantes, en particular la explotación con fines económicos y sexuales. Quiero que todos sepan que escucho su angustia y preocupación por sus situaciones actuales y su deseo de preservar lo que tanto han trabajado por lograr; Rezo para que tú también lo hagas.

La Iglesia también reconoce que hay algunos que buscan entrar a nuestro país por razones inmorales, que perpetran crímenes violentos y de quienes nuestros ciudadanos deben ser protegidos (*NCCB/USCCB, Dar la Bienvenida al Extranjero Entre Nosotros: Unidad en la Diversidad, 2000).* Entonces, por un lado, la Iglesia reconoce que los individuos tienen derecho a migrar. Por otro lado, la Iglesia reconoce el derecho de los países a controlar sus fronteras y hacer cumplir las pólizas migratorias (*Catecismo de la Iglesia Católica, n.2241*). Esos derechos deben equilibrar tanto el bien común como respetar la dignidad humana de cada individuo porque todos estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. La Iglesia Católica es proponente de una integral reforma migratoria legal que incluya modos hacia la ciudadanía y mantener unidas a las familias sin dejar de proteger nuestras fronteras. Y por eso la enseñanza Católica no apoya las pólizas de fronteras abiertas, pero exige un enfoque de sentido común en el que el cuidado del extraño se equilibre con la protección de nuestro país.

Animo a nuestros fieles Católicos a aprender más sobre los desafíos que enfrentan los inmigrantes, a comprender mejor las enseñanzas de la Iglesia en esta área y a unirse conmigo, junto con todas las personas de buena voluntad, para abogar por pólizas migratorias que respeten la dignidad y los derechos de los inmigrantes en equilibrio con el bien común de nuestros ciudadanos. Necesitamos ayudar a los inmigrantes a superar sus ansiedades y encontrar su hogar entre nosotros de una manera que les permita ser ciudadanos respetuosos de la ley. Una parte importante de nuestra tradición cristiana es la historia de la Sagrada Familia que huye a Egipto para proteger a Jesús de la ira asesina del rey Herodes. En una palabra, se convirtieron en inmigrantes en tierra extranjera.

El Papa Francisco ha proclamado el año 2025 como Año Jubilar de la Esperanza. Que nos esforcemos por resolver los desafíos migratorios de nuestra nación con pólizas y soluciones que equilibren el respeto a la dignidad humana con la justicia para todos los interesados. Que la Sagrada Familia, cuya experiencia en Egipto simboliza la difícil situación de muchos inmigrantes, vele y proteja a nuestra Nación y a todos nosotros.